

## El goce de Lacan

Me propongo en esta ocasión, dar respuesta a una pregunta sobre lo que significa la pérdida de goce. Dice Lacan en *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*: "A lo que hay que atenerse es a que el goce está prohibido a quién habla como tal, o también que no puede decirse sino entre líneas para quienquiera que sea sujeto de la ley, puesto que la Ley se funda en esa prohibición misma" (Escritos). Pretendo, pues, hacer un recorrido por uno de los conceptos de la teoría psicoanalítica de mayor uso en el lenguaje lacaniano, a la vez que es uno de los más difíciles de aprehender: el goce.

El problema con dicho concepto, es que a veces se tiene la idea de que se lo puede aplicar a todo lo que le pasa a un sujeto, y se termina por no saber muy bien qué es entonces el goce, de qué se habla cuando se habla de goce, y si tiene o no varias acepciones dentro del discurso psicoanalítico.

Lo primero que hay que decir es que el término goce difícilmente fue utilizado por Freud; es más bien un concepto específico de Jacques Lacan. En términos muy generales podemos indicar que el goce tiene que ver con las relaciones que establece un sujeto deseante con un objeto deseado, y el monto de satisfacción que él puede experimentar del usufructo de dicho objeto. El término goce conjuga, entonces, por un lado, a la satisfacción sexual cumplida, y por el otro, el goce de un bien, lo que se llama "usufructo" en términos jurídicos. De hecho, Lacan, en 1968, establece una relación de homología entre la "plusvalía", tal como la define Marx, y el nuevo nombre que él le da a partir de ese momento al objeto a minúscula: el plus-de-gozar. El término "objeto a" -el cual merecería, a su vez, otra conferencia- le sirve a Lacan para nombrar varias cosas a la vez: a la pérdida de goce experimentada por el sujeto por hablar, al objeto causa del deseo y al objeto plus-de-goce. El objeto a es ese "resto" no simbolizable, imposible de representar por el sujeto y que aparece como una "falta en ser", aunque también aparece en forma fragmentada, a través de cuatro objetos de la pulsión parcial separados del cuerpo: el pecho, las heces, la voz y la mirada. Estos cuatro objetos representan al objeto a, objetos con los que el sujeto obtiene un poco de goce.

En El capital Marx argumenta que el capitalista aporta los medios de producción y el trabajador su fuerza de trabajo, pero en este intercambio se produce la plusvalía, ese acrecentamiento del valor de la cosa producida por el obrero y que va a parar a manos del capitalista. Lacan reemplazará entonces, la energética de Freud, por la economía política, estableciendo así una estrecha relación entre la plusvalía de Marx y el plus-de-goce, derivándose éste concepto de aquél.

La originalidad del concepto de goce en el psicoanálisis freudiano y lacaniano, está en el hecho mismo de que nuestro deseo está constituido por nuestra relación con las palabras. El goce se diferencia así del uso común del término, que confunde el goce con las diversas formas del placer. El goce concierne al deseo, y más precisamente al deseo inconciente, lo que muestra que esta noción desborda ampliamente toda consideración sobre los afectos, las emociones y los sentimientos, para plantear la cuestión de la relación del sujeto con el inconciente. Desde el punto de vista del psicoanálisis, el acento recae en la compleja cuestión de la satisfacción y, en particular, de su relación con la sexualidad. El goce el algo que se opone al placer, y el placer, a su vez, sirve para ponerle un límite al goce.

El goce es un concepto que se relaciona estrechamente con el campo del lenguaje y las leyes que lo regulan, es decir, con la dimensión intersubjetiva del lenguaje. Por el hecho de que el sujeto habla, por el hecho de que "el inconciente está estructurado como un lenguaje", como lo demuestra Lacan, el goce no puede ser concebido como una satisfacción de una necesidad aportada por un objeto que la colmaría. El goce está hecho de la misma materia de la que está hecha el lenguaje, donde el deseo encuentra su lugar y sus reglas. Es a este lugar del lenguaje al que Lacan denomina el gran Otro. La dificultad del término goce viene precisamente de su relación con el lugar del Otro, lugar de la cadena significativa, es decir, del inconciente. La materia del goce no es otra cosa que la textura del lenguaje. A partir del momento en que habla, el hombre ya no es para Lacan ni esencia ni existencia, sino "hablanteser"; por hablar, el hombre ha perdido su ser y su existencia, como sujeto, depende del lenguaje. El psicoanálisis ha establecido una dependencia radical del ser humano con el lenguaje, en tanto que el lenguaje es aquel que determina la posibilidad de existencia del sujeto. El sujeto es aquel que aparece representado por un significante para otro significante, y si el sujeto es lo que representa un significante para otro significante, esto quiere decir que el sujeto no es más que representado, no es más que una pura y simple representación. Así pues, que si el sujeto se pregunta "¿quién soy yo?", sólo podrá responder a esta pregunta gracias a que habla, a que habita el lenguaje. En el lenguaje el sujeto no encontrará la respuesta a esta pregunta más que en términos de saber, y no en

Hernando Bernal

Psicólogo USB. Psicoanalista. Mag. en Ciencias Sociales y Humanas. Docente del Programa de Psicología FUNLAM



Débora Arango

Sin título

Sin fecha

Dibujo, lápiz y tinta sobre papel  
16.2 x 22.1 cm

términos de ser; esto significa que falta el ser del sujeto. No hay nada en el lenguaje que le asegure al sujeto lo que él es, no hay nada que le asegure su ser. Él solo puede aparecer allí únicamente como representación significante. Se introduce entonces en todo ser humano, por hablar, lo que el psicoanálisis denomina "la falta en ser". Esta falta en ser está representada por el objeto a minúscula en el álgebra lacaniana.

El uso que hace Freud del término goce se puede pesquisar en sus Tres ensayos de teoría sexual, cuando, a propósito de los "invertidos", es decir, los homosexuales, dice que, debido a su aversión al objeto del sexo opuesto, no pueden obtener goce de las relaciones heterosexuales. Freud también lo emplea en su ensayo El chiste y su relación con lo inconsciente, donde habla de la posibilidad de goce que brinda el chiste cuando éste sorprende al nuevo oyente; aquí Freud utiliza el concepto de goce más como sinónimo de placer.

El goce también aparece ligado, aunque no se lo mencione explícitamente, a las actividades repetitivas de la pulsión sexual, como sucede, por ejemplo en el chupeteo del seno materno, una vez que se ha satisfecho la necesidad orgánica de alimento, es decir, el niño goza de chupar, lo que marca su entrada en el autoerotismo.

Las primeras formulaciones de Lacan sobre el concepto de goce datan de 1950, cuando elabora la distinción entre necesidad, demanda y deseo. La necesidad orgánica de alimento, expresada por el niño con su llanto, recibe una respuesta por parte del otro, su madre, la cual le confiere un sentido a ese llamado. A partir de este momento, la respuesta que aporta la madre a la necesidad, instituye la existencia de una demanda, es decir, que la respuesta de la madre convierte el grito en llamado. A su vez, la satisfacción obtenida por la respuesta a la necesidad induce la repetición de esa primera experiencia de satisfacción. La necesidad se vuelve entonces demanda, sin que por ello pueda recuperarse el goce inicial, el de esa primera experiencia de satisfacción, de tal manera que una segunda experiencia nunca será igual a la primera. Aquí se esboza desde ya, la pérdida de goce que padece el sujeto por su ingreso en el mundo de la demanda, es decir, en lo simbólico.

Así pues, lo que se pone en juego en el goce no es de ningún modo reductible a algo de orden natural; se trata, por el contrario, del punto en el que el ser vivo se enlaza con el Otro del lenguaje. Lacan pasará a distinguir entre el placer y el goce; el goce es lo que se encuentra en el más allá del principio de placer, es decir, que se trata de algo que excede los límites del placer. Ir más allá del principio del placer, es un movimiento ligado a la búsqueda del goce perdido, lo cual será la causa del sufrimiento del sujeto.

Es justamente en 1920, en su texto Más allá del principio de placer, en el capítulo sobre la repetición, que Freud descubre que el sujeto apunta al goce en un esfuerzo de reencontrarlo, lo cual sólo puede manifestarse como "repetición" inconsciente; y si el sujeto repite esta búsqueda de goce, es porque dicho goce está radicalmente perdido.

Lacan retorna al mito freudiano del padre originario, el padre de la horda primitiva de Tótem y tabú, para poder sostener el goce sexual como goce absoluto. En el mito del padre de la horda primitiva, éste se reserva para sí un libre goce sexual, de tal manera que goza de todas las mujeres. Este padre originario obliga a todos los hijos a la abstinencia y a establecer lazos en los que sus aspiraciones sexuales están inhibidas en su meta. Ese tiempo originario del mito freudiano es un tiempo anterior al Edipo, un tiempo en el que el goce es absoluto, puesto que no ha intervenido todavía ninguna ley. Al matar al padre y comerlo, los hijos arrepentidos se prohíben el parricidio y gozar de la madre, instaurándose el tiempo del Edipo, sistema simbólico donde se transmite la ley.

Así pues, ese padre originario, padre simbólico en la conceptualización lacaniana, que no está sometido a la castración, es el soporte del fantasma de un goce absoluto, tan inalcanzable como el lugar del mismo padre originario. De modo que para el hombre, no existe más goce que el goce fálico, es decir, un goce limitado, sometido a la castración, goce fálico que constituye la identidad sexual del hombre. ¿Y la mujer? Para las mujeres no hay un equivalente del padre originario, no hay un padre originario que escape a la castración. Para ella, el goce del Otro, a pesar de ser imposible para la mujer, no sufre, sin embargo, la interdicción de la castración. El goce femenino es por lo tanto un goce distinto, y sobre todo, un goce que no tiene límites. Lacan lo llamó "goce suplementario" en su seminario Aun (1972-1973), seminario donde él teoriza el goce femenino desprendido de toda referencia biológica o anatómica y en el que elabora su teoría del proceso de la sexuación, tanto en hombres como en mujeres, y que es enunciada por medio de un conjunto de fórmulas lógicas. La existencia de este goce suplementario, inconocible para el hombre e indecible para las mujeres, funda la sentencia lacaniana según la cual "no hay relación sexual", desarrollada en el seminario ...o peor (1971-1972). Decir que "no hay relación sexual" significa que no hay complementariedad entre los goces masculino y femenino, que ambos goces son diferentes, que el goce fálico y el goce Otro de la mujer no están hechos el uno para el otro. Esto explica, en gran medida, el desencuentro permanente que hay entre los hombres y las mujeres.

Así pues, el concepto de goce es repensado en éste momento por Lacan, con relación a la constitución de la identidad sexual del sujeto, la cual fue expresada en fórmulas, denominadas en el lacanismo, las "fórmulas de la sexuación", las cuales llevan a distinguir dos tipos de goce, y sólo dos: el goce fálico, que no es exclusivo de los hombres, y el goce femenino o goce suplementario, que no es exclusivo de las mujeres.

El falo es el significante que sirve, tanto para el hombre como para la mujer, para

identificar a uno y a otro, de tal manera que en el inconsciente sólo existe un significante para señalar la diferencia sexual: los que lo tienen son los hombres y las mujeres son aquellas que están privadas de él. Esto quiere decir que en el lugar del Otro sólo existe un significante para señalar la diferencia sexual, y no dos. Es como si faltara el significante que permitiría identificar al otro sexo. En este sentido, las mujeres también están sujetas al significante fálico, significante del goce sexual, en la medida en que dicho significante sirve tanto para simbolizar el sexo del hombre, como el sexo de la mujer. Pero para la mujer hay un punto de indeterminación que tiene que ver justamente con la ausencia, en el inconsciente, de un significante sexual que la nombre. De aquí se desprende esa otra fórmula tan enigmática de Lacan que dice que "la mujer no existe", subrayando así la imposibilidad de hacer un conjunto universal de la mujer. Con el significante falo se puede hacer el conjunto universal de los hombres: son todos aquellos que tienen falo -por eso todos los hombres somos iguales-, pero, ¿con qué significante vamos a hacer el conjunto universal de las mujeres? No lo hay, no existe, "la mujer no existe" como conjunto universal; existe, sí, la mujer una por una -por eso las mujeres son todas diferentes-. La consecuencia de esto es que, para la mujer, hay un goce "más allá del falo", un goce no-todo fálico.

Más allá del falo, la mujer tiene relación con un goce "suplementario", un goce infinito, que tiene que ver con la falta de un significante que la nombre en el lugar del Otro. Goce fálico y goce del Otro, especifican la diferencia entre el goce masculino y el goce femenino, diferencia que no se regula necesariamente por la anatomía: todo "hablanteser" tiene una relación con el falo y la castración, pero estas relaciones son diferentes para cada uno de los sexos. Hay por lo tanto una grieta radical entre los sexos. El goce humano, en todas sus formas, incluyendo el goce sublimado de la creación y el goce místico, está marcado entonces por una falta que no es pensable en términos de insatisfacción con respecto a un "buen" goce: no hay "buen" goce, pues no hay un goce que convendría a una relación sexual verdadera, a una relación que resolviera esta separación estructural entre los sexos.

La fórmula "no hay relación sexual", es entonces un recordatorio permanente de esta ausencia de significante sexual en la medida en que todo se reduce a ese significante, el Falo, significante que representa, no al sujeto, sino al goce sexual, y que para nada regula, por sí solo, aquello en lo que consiste el goce. Si no hay relación sexual inscribible como tal, si no se puede escribir entre hombres y mujeres una relación; si, por lo tanto, no hay goce adecuado, si el goce está marcado por esta división entre goce fálico, del lado masculino, y goce del Otro, del lado femenino, ¿cuál es el estatuto de este goce del Otro, puesto que la función fálica es el único operador con el cual podemos pensar la relación del goce con el lenguaje? ¿El goce del Otro, del Otro sexo y de lo que lo simboliza, el cuerpo del Otro, está fuera del lenguaje, fuera de la inscripción fálica que anuda el goce con las leyes del significante? Lacan llega a decir inclusive que el goce fálico es el obstáculo por el cual el hombre no llega a gozar del cuerpo de la mujer, precisamente porque de lo que goza es del goce del órgano.

¿Cómo se articulan entonces los dos goces, goce fálico y goce del Otro? El goce, en tanto sexual, es fálico -escribe Lacan-, es decir que no se relaciona con el Otro como tal. El goce femenino, si bien tiene relación con el Otro, no deja de tener relación tampoco con el goce fálico. Este es el sentido de la formulación según la cual la mujer es no-toda en el goce fálico: su goce está esencialmente dividido. Del lado del goce masculino, está el falo como significante de ese goce; del lado del goce femenino, hay una división entre la referencia fálica y el goce del Otro, es decir, de la cadena significante en su infinitud.

El goce, para el psicoanálisis, es pues una noción compleja, que sólo encuentra su sentido al ser situada en la relación del "hablanteser" con el lenguaje y su deseo. Este lazo funda un agujero radical entre el hombre y la mujer, agujero que no se reduce a algún conflicto entre los sexos; de lo que se trata, en última instancia, es de la imposibilidad de escribir la relación sexual como tal en el inconsciente.

Otro aspecto importante a tener muy en cuenta con respecto al goce, es que existe un gozar del síntoma. Ese goce del síntoma Freud se lo encontró bajo la forma de la "reacción terapéutica negativa", en la que los pacientes insistían en conservar su sufrimiento; es algo que él también denominó "masoquismo primordial". Es decir, que el síntoma, que le hace mal al sujeto, y por lo tanto, es contrario a su deseo, insiste; el sujeto se aferra a él por un placer, un extraño placer, desconocido para el mismo sujeto. Es justamente a esto a lo que Lacan llamó goce: a la satisfacción de la pulsión en el síntoma. Gozar supone, entonces, un cuerpo afectado por el inconsciente; es lo que implica la definición del goce como satisfacción de una pulsión. El goce es impensable por fuera de la estructura del lenguaje, sólo puede definirse a partir de un cuerpo afectado por dicha estructura. Es posible que nos preguntemos por el goce de los animales. ¿Dé qué goza un camarón? ¿De qué goza una ostra? Son preguntas sin respuesta, porque los animales no hablan.

Gozar del cuerpo es gozar del inconsciente, lo cual nos hace pensar que el síntoma es la forma particular como un sujeto goza del inconsciente. Entonces ¿qué hacer con el síntoma del sujeto? Si el síntoma es un modo de goce, el modo en que cada sujeto goza del inconsciente, ¿qué hacer con este goce al final de un análisis? Supuestamente el síntoma es algo a descifrar por parte del analista, y en este punto es donde se pone en juego la interpretación analítica; este trabajo de desciframiento del inconsciente conlleva a su vez un goce, un goce que Lacan llamó el goce del sentido, es decir, que el sujeto goza de descifrar, de dar sentido a sus palabras. En última instancia, todos los sujetos gozamos de hablar; hay un goce implícito en los efectos de sentido, en darle sentido a las cosas: es lo que Lacan llamó el "sentido gozado".

Pero antes de pensar en como descifrar el síntoma, hay que preguntarse por las

razones por las cuales el inconsciente cifra, es decir, por qué no dice las cosas como son. De hecho, si el inconsciente dijera las cosas como son, pues no habría inconsciente. ¿Por qué el inconsciente dice las cosas de manera indirecta? Si el inconsciente disfraza, distorsiona, encubre, y cifra, con ayuda de la condensación y el desplazamiento, sus dos leyes fundamentales, es a causa de la represión. Algo es rechazado de la conciencia y retorna diferente, hay un juego de cifrado por parte del inconsciente. En este punto podemos volver a retomar lo dicho hace un momento respecto a la relación sexual. Si hay un elemento que en el inconsciente no ha podido ser cifrado, un elemento incifrable, eso es la proporción sexual. Justamente, la tesis de Lacan respecto al síntoma es que él se presenta allí donde la relación sexual es rechazada de lo simbólico, allí donde es imposible de cifrar, de inscribir esa relación en el inconsciente. En su reemplazo lo que encontramos es la cifra fálica, el falo como significante del goce. Por eso tenemos síntomas: porque la relación sexual no existe, porque la relación sexual es imposible de cifrar, de inscribir en el inconsciente. Y al inconsciente Lacan lo comienza a considerar, al final de su obra, como un saber que se cifra, es decir que hay un goce en el cifrado, que el goce está en el cifrado, y en este cifrado es que consiste el goce del inconsciente. Y el goce es aquello que le brinda una satisfacción al sujeto; entonces ¿hay que acabar con el síntoma sabiendo que esta es la forma como un sujeto obtiene una satisfacción, un goce, en la vida? Sobre este punto es que recae, actualmente, toda la teoría sobre el final del análisis en el psicoanálisis lacaniano.

---

[Texto presentado en la "Cátedra Abierta" del programa de Psicología de la Funlam, en el ciclo de conferencias "seis pensadores fundamentales para las ciencias sociales", el día 27 de septiembre de 2001.]

[INICIO](#) | [PRESENTACIÓN](#) | [EVENTOS](#) | [SITIOS RECOMENDADOS](#) | [STAFF](#) | [CONTÁCTENOS](#) | [CORREO](#) | [FUNLAM](#)

© 2000-2003